

*Fragmento de Hilos libres para atar el vacío.
Técnica óleo. 130 x 162 cm. 2004 Diego Mazuera*

DIEGO MAZUERA: AGUJEROS NEGROS. GALERÍA LA COMETA.

JUAN GUSTAVO COBO BORDA

Cuando Roberto Matta dictaba sus seminarios informales en el Nueva York de la posguerra y transmitía a los jóvenes pintores del expresionismo abstracto su rica y personal visión del legado surrealista, les recordaba también la importancia de prestar atención a los avances científicos del

momento. No andaba descaminado. La bomba atómica que Estados Unidos arrojaría sobre Japón en Hiroshima en agosto de 1945 por aquellas fechas y que cambiaría radicalmente nuestro marco de comprensión del mundo, certifica lo visionario de su intuición.

RESUMEN

Aunque el análisis de la obra de un autor pertenece más al terreno subjetivo, Cobo Borda, desde su visión particular e idónea, logra interpretar de una manera especial la exposición Agujeros Negros, de Diego Mazuera, donde expresa la relación arte y ciencia.

Este artículo es un complemento ideal para entender las ilustraciones que para esta edición les trae Poliantea.

ABSTRACT

Although the analysis of the author's work corresponds more to the subjective area, Cobo Borda, from its particular and sound vision, has been able to interpret the Diego Mazuera's Black Holes exposition in a special manner, expressing the relation arts – science.

This article is an ideal complement to understand the illustrations included in this Poliantea edition.

Al herir la tela con el cabo del pincel o con la espátula que despliega un imprevisto abanico de rayos, nos trae al primer plano otra dimensión, un cosmos subyacente, donde las flechas traspasan la membrana visual.

Ahora en Colombia, y medio siglo después, la obra de Matta se halla presente en la nueva exposición de Diego Mazuera (1950) titulada *Agujeros Negros en la galaxia La Cometa* y en sus ilustraciones para *Poliantea*. También aquí arte y ciencia. Pero no tanto desde el ángulo de un eros cósmico que hace girar la órbita de los planetas en torno a ese rosado diamante sexual que late en el corazón de las grandes telas de Matta, sino como acicate para la exploración de un espacio, en ocasiones frío y silencioso, que se ahonda y dilata en la negrura expansiva de su energía.

Un vasto fondo negro del cual Mazuera extrae, como si estuviese grabando, las formas que su imaginación le dicta. Algunas provienen de su trasfondo creativo ya usado en el pasado —una barca, unas láminas transparentes, una línea de puntos que enlaza dos nadas, un desdibujado perfil—, pero ahora él prefiere en general formas abstractas, con una lejana y reminiscente contextura espacial. Formas a las cuales circundan y ovillan racimos de vibraciones o matizadas placas transparentes que hacen de esos paneles en verdad un límite incierto: ¿cierran o abren? ¿Son aleatorias máquinas desplazándose con lentitud o es apenas el trasfondo que el artista revela al raspar sobre ese negro absoluto?

RESEÑA DEL AUTOR

Juan Gustavo Cobo B. poeta y ensayista bogotano, fue director durante una década (1973-1984) de la revista *Eco*, de Bogotá. Ha ocupado cargos diplomáticos en Buenos Aires, y Madrid, y embajador en Grecia. Miembro número de la Academia Colombiana de la Lengua desde 1993, y correspondiente de la Academia Española. Ha sido jurado tres veces del premio Juan Rulfo, (Guadalajara, México); del Rómulo Gallegos (Caracas); del Reina Sofía de poesía iberoamericana (Madrid) y del Neustad, Universidad de Oklahoma, Estados Unidos.

Por ello sus azules nocturnos o sus amarillos cálidos con una fugaz rúbrica roja buscan volver concretas esas ideas, esas hipótesis científicas, esos modelos teóricos con que la ciencia, llámese física o astronomía, plantea sus elucubraciones de trabajo sobre modelos experimentales que viven más en una fórmula matemática o en la verdad virtual de una pantalla de computador que en el viejo y socorrido recurso de una tela, un pincel y unos colores.

Mazuera, al herir la tela con el cabo del pincel o con la espátula que despliega un imprevisto abanico de rayos, nos trae al primer plano otra dimensión, un cosmos subyacente, donde las flechas traspasan la membrana visual o los conos comienzan a girar dentro de esa danza absorbente con que los agujeros negros atraen todo, hasta la luz misma, en una reabsorción infinita.

Se vuelve así esta pintura un campo exploratorio de fuerzas y tensiones, de ondulados repliegues que se ovillan sobre sí mismo y que hacen de esa contradicción de los opuestos, luz y sombra, noche y claridad, el paso inicial y pleno en sí mismo para ir más allá de tales dicotomías, todo ello dentro de un cosmos apenas concebible, en expansión continua.

La luz se ha convertido en otra materia más, y ahora sobre azules, grises, blancos sucios o verdes diluidos como en *Aceleración oscura* se enfrenta a los nuevos desafíos. Un alfabeto de signos para visualizar y conformar los cuadros donde la explosión inicial del “bing-bang” que dio origen al universo prosigue en una fuga hasta los límites impredecibles de un mundo igual a tantos otros más: el nuestro.

Quizás por ello esta segunda serie de cuadros, cuyo fondo es el color y no el

negro, sean más proclives a la dispersión errática o al afán acumulativo de bloques plásticos que detengan y encausen esas galaxias a punto de reabsorberse a sí mismas. Del estallido original al eclipse definitivo, Mazuera trata de fijar lo imposible: un cosmos que se rehace a sí mismo, en el aleatorio azar donde la teoría del caos es mucho más rigurosa que la consabida lógica aristotélica.

De ahí que los seis mapas, en pequeños formatos: dos; cinco por 31; cinco, logren conciliar, de modo muy notable, ese propósito de transformar ideas en materia y ofrecer, en el delimitado rectángulo horizontal o vertical de esos relieves y esas superficies tersas, un contrapunto feliz de lo que bien pudiera denominarse tacto visual. Los colores más graves y entonados y el esfuerzo de concentrarse en áreas operativas más reducidas, hace de sus figuras, flechas, embudos y triángulos, “mapas no determinados”, como titula uno de ellos.

Sí, el mapa no es el territorio, pero sin el mapa ese territorio no existiría. Las leyes rigurosas y a la vez libérrimas de la pintura lo han trazado en el afán de conformar un marco expresivo que continúa abierto al infinito y que en sus logrados *collages* en

blanco y negro lo confirman con logradas variaciones sobre una partitura alfabética tan rica como elemental.

En su reciente libro *El efecto mariposa. Ensayos sobre arte colombiano, 1985 – 2000*, (2004), Carolina Ponce de León nos ha recordado la existencia de tres generaciones de pintores que iniciándose con los maestros que ya nos dejan: Obregón, Wiedemann, Grau, prosigue por el puente de Fernando Botero en una segunda hornada donde estarían Beatriz González, Santiago Cárdenas y Luis Caballero para arribar a una tercera e introspectiva de los años 80, “en una época en la que prevalece la pintura por encima de cualquier otro medio plástico” (p.250) cuando, tanto la *travanguardia italiana* como el *neoexpresionismo alemán*, respaldaban la opción abierta por “Lorenzo Jaramillo, Víctor Laignelet, Diego Mazuera, Alberto Sojo, Gustavo Vejarano...” (p. 251).

Una generación en plena creatividad fecunda y que merecería más atención crítica como lo que reclama esta intrigante y reveladora muestra de Diego Mazuera. Sí señores, quién lo creyera: en Colombia la pintura aún goza de muy buena salud.